

⑥ UN NUEVO SISTEMA INTERNACIONAL

Lucy López Rodríguez

El 29 de enero de 1991, en su mensaje sobre el estado de la Unión, George Bush volvía espontáneamente al concepto tan típicamente wilsoniano de «nuevo orden mundial»: «Lo que está en juego es una gran idea, un nuevo orden mundial en el que diferentes naciones se reúnen en torno a una causa común con el fin de realizar las aspiraciones naturales del hombre, la paz, la seguridad, la libertad y la primacía del derecho». De hecho, las revoluciones de 1989, la caída del Muro, la formación de una coalición internacional contra el agresor irakí consagran la completa renovación de la escena internacional y el intento de reconstrucción de un orden internacional, por la quinta vez desde el alba de los tiempos modernos y la constitución de un sistema compuesto de entidades estatales soberanas. En 1648, el orden de Westfalia había puesto fin a la atrocidades de la guerra de los Treinta Años e inaugurado una nueva jerarquía de potencias en Europa (subida de Francia ante la Casa de Austria) y seglarizado el sistema de Estados, liberado de la orientación de las confesiones religiosas. En 1815, el orden de Viena había sustituido a las guerras de la Revolución y el Imperio y había reconstituido un tejido monárquico, una legitimidad común. En 1919, el orden de Versalles se había establecido, provisionalmente, sobre los principios wilsonianos de la li-

bre determinación de los pueblos y de la transposición a nivel internacional de los mecanismos constitucionales internos. En 1945, el orden de San Francisco, esbozado por la Carta de las Naciones Unidas, se había convertido rápidamente en el orden de Yalta, construido sobre el reparto del mundo entre las dos superpotencias y las dos superalianzas. En 1989-1990, el nuevo orden que emerge recuerda ciertos aspectos de la Europa de 1914, de la Europa de Sarajevo, por la exaltación de las identidades nacionales o étnicas, pero también por otros aspectos más wilsonianos, como el funcionamiento aparentemente eficaz de los mecanismos de seguridad colectiva.

¿Vuelta al «concierto europeo» del siglo XIX o resurrección de un sistema de seguridad colectiva? En su informe (Agenda para la paz) entregado el 1 de julio de 1992 a petición del Consejo de Seguridad reunido seis meses antes a nivel de jefes de Estado y de gobierno, el secretario general de la ONU, Butros Butros-Gali, definió y precisó las diferentes formas de acción de la Organización mundial, de la diplomacia preventiva que «pretende solucionar los conflictos antes de que estalle la violencia»... al restablecimiento y al mantenimiento de la paz que tienen por finalidad acercar a las partes a un conflicto y serían facilitadas por la constitución de fuerzas armadas permanentes, incluso a la consolidación de la paz que podría tomar la forma de proyectos concretos de coooperación, suscitar la confianza entre los antiguos beligerantes. La acción de la comunidad internacional organizada conlleva sin embargo dos incertidumbres para el futuro. ¿Debe y puede ampliarse el directorio de los Grandes? Admitir a los Estados «que pagan», Japón y Alemania, sería quizá abrir la caja de Pandora, provocar la multiplicación de candidaturas y finalmente «diluir» el directorio. Pero escoger el statu quo podría significar correr el riesgo de una diferencia entre el Consejo de Seguridad y las realidades internacionales de una erosión de la legitimidad del directorio. Sobre todo podríamos interrogarnos sobre cómo sería la eficacia de la ONU en ausencia de un Estado, «gendarme del mundo» o «regulador internacional». Estados Unidos había desempeñado perfectamente el papel de policía mundial. Pero su hegemonía política era frágil y ha salido económicamente disminuido de la Guerra Fría. ¿Qué Estado o grupo de Estados podrá mañana sustituir a Estados Unidos o coaligarse con él en el trabajo de «Metternich» planetario? La cuestión última es la del mantenimiento de un consenso, de un acuerdo sobre las reglas de juego esenciales, de una codificación de los comportamientos de las principales potencias.

El cambio del sistema internacional, la caída del comunismo y del sistema bipolar han relanzado las controversias sobre el paradigma de las relaciones internacionales, es decir, el modelo de pensamiento capaz de ofrecer una explicación simple de una realidad geopolítica abundante. El famoso ensayo de Francis Fukuyama anuncia el fin de la Historia, tras el triunfo del modelo democrata-liberal, el fin de los choques, de los enfrentamientos históricos en sentido hegeliano, la entrada en una sociedad tranquilizada. En su monumental obra-testamento *Diplomacy*, Henry Kissinger efectúa una profunda reflexión sobre el retorno parcial a un mundo clásico de Estados naciones, al mundo de antes de Sarajevo, lo que penalizaría a una potencia mesiánica como Estados Unidos, más cómoda en la competición ideológica que caracterizaba a la Guerra Fría que en un tablero de diplomacia clásica. Para Samuel Huntington, la actividad de los Estados nación será ordenada en constelaciones en reagrupamientos que reflejaran las diferentes civilizaciones: será la era del «choque de civilizaciones».

En julio de 1947, el informe de George Kennan anunciaba un conflicto fundamental con el comunismo, al cual Occidente debía contener. En julio de 1993, en *Foreign Affairs*, Huntington lanzó un llamamiento a otra contención: reunir todo lo que de cerca o lejos se relaciona con la civilización occidental; a largo plazo el reflejo de ciudadela asediada debería triunfar ante civilizaciones diferentes de la occidental, pero cada vez con más fuerza. De hecho, el factor de identidad cultural se convierte en dominante y se exaspera, mientras que las civilizaciones están en contacto y, de entrada, en los barrios periféricos del Occidente desarrollado. Las líneas de fractura entre civilizaciones se convierten en las nuevas líneas del frente. Líneas del frente en Europa en las líneas de fractura entre cristiandad occidental y cristiandad ortodoxa o islam, como lo ilustra el conflicto yugoslavo. Línea del frente entre Occidente y el Islam: tales serían los significados de la gran coalición contra Sadam Husein, de las sanciones tomadas contra la Libia de Gadafi, de la latente hostilidad que rodea a las comunidades inmigradas en Europa occidental. Líneas de frente entre Islam y África negra, en el Sur del Sudán. Los países hermanos por la cultura y la etnia parece sustituir a los aliados ideológicos de antaño.

Medias verdades, verdades provisionales, afirmaciones que a veces es fácil darles la vuelta. Las «líneas de fractura» entre civilizaciones se reducen, en lo esencial, al desafío del fundamentalismo islámico: la política exterior del Irán islámico no deja de recordar los

primeros tiempos de la diplomacia leninista, los diplomáticos se hacían misioneros. Jules Monnerot en su *Sociologie du communisme* comparaba el comunismo con el Islam. En los dos casos hay fusión de la religión y de lo político, y la acción de un jefe de Estado más allá de sus fronteras en tanto que «Comandante de los fieles». El síndrome del país hermano es exagerado. Si Turquía se encuentra ante las nuevas repúblicas de Asia central y el Cáucaso en la posición de Alemania ante las nuevas democracias del este y centro de Europa es porque su carácter de república laica tranquiliza a los Estados turcofonos de Asia central y del Cáucaso.

La intensidad de la tentación de Occidente, el vigor de los injertos occidentales no deben subestimarse. Una tentación que ha derrocado al sistema comunista, que se ha transformado en onda de choque de la democracia liberal a través de los continentes, que ha obtenido éxitos en el camino de un mundo pacificado, del fin del apartheid en la República de Sudáfrica a la reinserción de Israel en el mundo de Oriente Próximo. La conexión islámico-confucionista que amenazaría a Occidente es pura imaginación. Más allá de las colusiones en materia de transferencia de armas entre Corea del Norte y Libia o Irán, el Asia chinizada, lejos de rechazar al mundo moderno, como lo ha demostrado Léon Vandermeersch, se convierte en un segundo Occidente técnico.

Los desafíos concretos que debe afrontar el nuevo sistema internacional pueden ser fácilmente discernidos: las «sucesiones» soviética y china, la proliferación de armas de destrucción masiva, las tensiones del Arco islámico (de Casablanca a Yakarta), la explosión demográfica del Sur y los fenómenos de migración salvaje que puede acarrear. Pero la hipótesis del «choque de civilizaciones» lleva a cabo una confusión entre esos diversos elementos y toma una parte casi exclusiva en un sistema internacional que contiene al menos tres tableros, tres redes de relaciones entrecruzadas: las relaciones político-militares («La interacción de las estrategias», según Pierre Hassner), las relaciones económicas, bajo el sello de la interdependencia y esta interpenetración cultural que pone en contacto hasta en los barrios periféricos de Europa, al Tercer Mundo y al mundo desarrollado. El cruce de las redes hace inciertas las calificaciones del nuevo sistema internacional y el destino político de la aldea planetaria: la lógica de la interdependencia económica es la del compromiso entre intereses; no tienen nada que ver con el enfrentamiento entre fundamentalismos opuestos. ¿Hay choque de civilizaciones, o tensión entre una tenden-

cia a la globalización y por rechazo un movimiento de fragmentación? Última pregunta: el sistema internacional ¿conocerá nuevos cismas o permanecerá unificado? ¿Será el nuevo orden mundial una simple escampada, un efímero paréntesis en el estado de jungla o el inicio de una era nueva en las relaciones internacionales?

BIOGRAFÍAS

Acheson, Dean. (n. 11-IV-1893 en Middletown y f. 12-X-1971 en Sandy Spring). Secretario de Estado de 1949 a 1953 y consejero de cuatro presidentes de EE.UU. y principal artífice de la política exterior de su país en la época de la Guerra Fría. Abogado de formación, su primer cargo en la administración fue el de vicesecretario del Tesoro con F. D. Roosevelt en 1933. En 1941 entró en el Departamento de Estado y de 1945 a 1947 fue vicesecretario. Convencido de que la Unión Soviética quería expandirse en Oriente Medio, forjó lo que más adelante se conocería como Doctrina Truman y puso las bases para el futuro Plan Marshall. En enero de 1949 Truman le nombró secretario de Estado y desde entonces ideó lo que después sería la OTAN y la política de no reconocimiento de China. Atacado desde los dos partidos, a partir de la entrada de China Popular en la guerra de Corea y el cese del general MacArthur como jefe de los aliados en Extremo Oriente, terminó dejando su puesto y volvió al ejercicio de la abogacía. Escribió varias obras y entre ellas sus memorias bajo el título *Present at the Creation*.

Baker, James A. III (n. 1930, en Houston [Texas]). De familia acomodada, estudió en Princeton y en la Facultad de Derecho de Texas. Amigo de George Bush, le ayudó en su campaña electoral para senador en 1970. Por recomendación de Bush fue nombrado vicesecretario de comercio (1975-76) por Gerald Ford, ocupándose a continuación de la campaña electoral de éste (1976) y de Bush (1979) para su nombramiento por el partido republicano.